Suplemento n.º 80

SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 27 de Mayo de 1926

El servicio de Correos

¡La carta! Ese sobrecito insignificante que, como burro de gitano, tantas mataduras presenta, desempeña un cometido de una importancia enorme, ya que encierra todo cuanto el hombre necesita y siente. Junto a la carta de negocios que habla de números y marcas, va la carta de familia que lleva a los nuestros la seguridad de nuestro cariño...

Confiando a los pliegos de papel todos nuestros asuntos, júzguese lo trascedental del servicio que realiza el cuerpo de correos, al poner nuestras misivas en manos de los destinatarios. Esa misión es la que hoy se va a presentar ante vosotros más aprisa que si llevase sello de urgencia.

Los pueblos primitivos suponemos que no usarían otro correo que el de presentarse en persona a dar noticias, malas generalmente, pues para darlas buenas no se acostumbra a romper muchas sandalias ni en aquellas épocas ni en éstas del correo aéreo.

En España el correo para uso público, que es el que interesa, nació, en Cataluña antes que en los demás países europeos, en 1166, Marenes formó una cofradía que tenía organizado el servicio para que hubiese correo en las Cortes y demás sitios donde era necesario. D. Jaime el Conquistador usó del correo, como así mismo Don Pedro el Ceremonioso, primero que usó de los cumplidos por carta, para lo que tenía su correspondiente manual.

La Universidad de Salamanca tenía arrieros encargados de llevar las cartas en compañía del queso, y desde entonces viene aquello de decir al saber algunas noticias: «Me huelen a queso»... En el siglo XV se legisló el secreto de la correspondencia, a pesar de que algunas noticias no son un secreto para nadie...

Isabel la Católica arrendó el servicio y posteriormente se establecieron estafetas en donde se recogía cada trozo literario que ha sido una lástima no conservar. La valija era llevada por conductores que se relevaban en alguna que otra venta. En el siglo XVIII había un correo semanal que unas veces llegaba a tiempo y otras daba las noticias cuando no existían ni los protagonistas; como un correo semanal era muy poco, se establecieron dos. Para conducir el correo se usó la diligencia, que no era muy diligente en su cometido, y, al echar humo por nuestros campos la locomotora, se llevó por ferrocarril. Así, pues, la carta ha viajado en toda clase de vehículos y seguirá aprovechando todos los que haya, ya que busca siempre la rapidez en sus viajes.

El correo se encarga de recibir, transmitir y distribuír la correspondencia, y es un monopolio que el Estado tiene y con el que obtiene muy buenos ingresos; tiene legislado todo lo referente a este servicio y persigue y pone el sello de la multa a los que quieren burlar su vigilancia e intentar poner sellos que no han venido por la vía legal.

También prohibe que circulen por correo objetos peligrosos; los que conteniendo objetos de valor no se aseguren antes de emprender el viaje; los que pesen más de lo indicado y los que lleven una cubierta que no muestre muy buena educación.

La correspondencia se recoge a horas distintas, pues la hay trasnochadora, en buzones puestos en la oficina de correos y en los estancos; en aquélla hasta el momento que deja el tiempo indispensable para preparar las expediciones. Es obligatoria y se le tiene que hacer buen recibimiento y llevarla de viaje, a la que se deposite con las condiciones reglamentarias.

Los sellos no pueden servir nada más que para una vez, y como hay aficionados a despegarlos y a lavarles la cara, se matan en la oficina de origen, y además, para que no haya achaque de decir «escribí tal o cual día», se le pone sello de fecha en las dos oficinas.

Como la letra de muchas pesonas tiene menos claridad que el alumbrado municipal está mandado que los sobres se escriban con claridad y con señas completas. No obstante esto, hay sobres que parecen encontrados en las tumbas de los Faraones, pero a pesar de la letra no se pierden en el camino.

Conducida al punto de destino, se hace entrega de ella a domicilio, al destinatario o personas allegadas: la certificada y los giros sólo se entregan a la persona a quienes van dirigidas, para evitar el cariño que a nuestro nombre puedan tomarle otros.

Aquellos que van de paso y no tienen domicilio fijo, reciben las cartas en Lista, allí por orden alfabético, se guardan las cartas en espera de que las visite el destinatario. Algunas noticias deben llegar antes del reparto corriente, y para ello se les pone un sello de urgencia, con el cual ganan el campeonato de la velocidad, o debieran ganarlo.

Personajes célebres de la literatura universal

SANCHO PANZA

De cuantas figuras salieron del inmenso pueblo que es esa sin par obra que se llama «D. Quijote de la Mancha», ninguna, fuera de la del protagonista, presenta tal grandeza, se acusa con trazos más vigorosos que la del socarrón edecán del ingenioso hidalgo, aquel bueno de Sancho Panza, que gobernó, a dieta rigurosa, la ínsula Barataria.

Sancho vivía una vida tranquila, sin otra preocupación que la de su casa, el rucio y alguna partidilla que otra con sus amigos cuando volvía de segar de Tembleque o cuando dejaba la podadera con que preparaba las cepas, cuyo fruto, después de haberse dejado pisar, tanto gustaba a este «mojón».

Pero no todo ha de ser mirar a Sanchico tirar a la barra o a Mari Sancha correr al arroyo a lavar; un día Sancho recibe un recado para que vaya a ver a Alonso Quijano, y este hidalgo le habla de aventuras, de llevar otra vida distinta a la que lleva en el lugar, en cuyas correrías no es raro que tropiecen con una buena ínsula que se deje morder por el buen diente de Sancho, para el cual, aunque el queso se convirtiese en piedra, siempre estaba recién acabado de hacer.

La ambición se apodera de Sancho; ya nada puede detenerlo, y un día, cuando apenas el alba apuntaba, sale por la puerta falsa de casa del hidalgo, en seguimiento de su amo. Iba nuestro homcontentísimo por ver mundo, que según decía una su abuela, «mal año para cuantos no salieron de las eras del lugar y no supieron otras nuevas que las que la tropa traía al cruzar por él».

En las aventuras que amo y mozo corrieron con riesgo de las costillas de entrambos, Sancho aprendió desde lo conveniente que es no olvidar las alforjas, sobre todo si se viaja en mercancías con viajeros, hasta lo eficaz que resulta no fiarse de las ventajas que ofrecen algunos productos de los que se vocean en la calle como remedio universal, aunque sean encomiados por el mismo Don Quijote. ¡Aquella alcuza!...

Pasaron los días y Sancho seguía a su amo por caminos y encrucijadas, ventas, y peñas, oyendo las doctrinas más admirables, los pensamientos más elevados, los disparates más descabellados, las más originales locuras... Que era Don Quijote un conjunto de lucidez y de tinieblas.

Sancho aspiraba a gobernar, aunque sólo fuese un hato de cabras, y al fin un día se colmaron sus medidas al ser nombrado gobernador de la ínsula Barataria. ¡Inolvidable la entrada en ella de Sancho! Muy orondo pasó a la sala, en donde sentenció con una alteza de miras y un sentido de la justicia que por mucho tiempo quedará como muestra de lo que se puede hacer con intención recta, aun cuando no se haya ido a estudiar derecho al extranjero.

Pero como la ambición merece su castigo, pronto Sancho, a quien el Dr. Recio de Tirteafuera tasaba los alimentos, ve finado su gobierno y tiene que salir, después de pasar miedo para toda su vida, de la sima, como según aquel estudiante debieran salir todos los malos gobernadores.

Después comparte, con la melancolía que da el haber sido, el final de los viajes con su amo, se azota y vuelve a la aldea en donde nació y de la que no debió salir jamás. Poco después muere su amo, pero la pena no mata a Sancho, antes al contrario, el tufillo de la herencia le pone contentísimo, y en unión del rucio siguió por largos años labrando unos pegujares y poniendo una sonrisa de socarronería en labios de sus convecinos cuando le oían decir: «Cuando yo fuí gobernador...»

PENSAMIENTO.—El candor es el mejor adorno de un niño. Nada tan cargante como un niño que tiene ínfula de hombre e imita a éste en ademanes, palabras y hasta en sus vicios. Los niños que se estimen tendrán a mayor gala ser en todo momento niños.

De aquí, de allá, de acullá

Vasos de otros tiempos

Para apagar la sed que la humanidad ha sentido, desde que recibió la primer caricia del sol, puso Dios un líquido admirable que no exige lugares determinados para nacer, que se ofrece solícito a todos y que corre y corre sin cesar para calmar a los que vienen en su busca. Ete líquido es el agua, elemento indispensable para la economía animal y para alargar las esperanzas de los vinateros.

Pero el hombre, que no ha comprendido lo bien que le iba con este elemento, única bebida que no se sube a la cabeza ni la trastorna, ha trabajado por perder la virtud y fabricado bebidas de facultades tan poderosas que, a su influjo, el hombre no tiene inconveniente en asemejarse a las especies inferiores y obrar como ellas.

Desde que se exprimieron las primeras uvas, sin que el negociado de alcoholes interviniera, se pensó en el modo de que aquel líquido fuese a la boca sin perder camino. De aquí que el vaso hiciese acto de presencia en seguida. Los primeros fueron de barro en el más lamentable estado de crudeza, como merecían aquellas uvas que, sin duda, estaban verdes, como las de la zorra de la fábula.

Entre los griegos, como para eso de empinar el codo todos eran unos, las vasijas destinadas a guardar el vino eran muy artísticas y estaban trabajadas con el mismo entusiasmo con que después apuraban su contenido. En Roma, tan aficionada a que las leyes se metiesen hasta en el amoníaco, las mujeres no podían beber vino sino agua, cualquiera que fuese su edad; igual prohibición pesaba sobre los jóvenes menores de treinta años.

Por este motivo los vasos romanos eran toscos, de barro cocido, teñidos, para que no se les notase las grietas, de luto riguroso. Los etruscos eran más veteranos y bebían en taza, en cualquier bar del distrito.

Pero esto sólo fueron los preliminares del cariño al mosto. Con los bárbaros, lo cual nos parece muy natural, la afición a la bebida se tenía como la mayor fiesta y se bebía por cualquier motivo, y en cualquier hora del día se estudiaba astronomía con el vaso en la mano. Tal fué el cariño que a cantar la romanza de *Marina* se tomó, que hubo que legislar, un año en que ya se había legislado hasta la longitud que los espárragos habían de tener, la cantidad de bebida que cada persona había de consumir.

Para beber con arreglo a esta prescripción, se empleaban unos jarros de madera con tapa y en el interior se marcaba con unas estaquillas, lo que a cada persona le correspondía, sín derecho a molestar después al vecino.

Durante muchos años al barro y a la madera le hizo compañía, en lo de subir el vino a la boca, el cuerno, y por esto en los pueblos del norte, lejos de

Ministerio de Cultura 2011

molestarse cuando los mandaban al cuerno, lo agradecían profundamente. También había copas de cuero con pié metálico que, a pesar de este pie, no libraba de que se conociese, a los que las apuraban, del pie que cojeaban.

Como el oro, la plata y demás metales gustau de presentarse en cuanto hay dos objetos artísticos que construir, también se presentaron en la fabricación de vasos y adornaron con su presencia las mesas en los convites.

El cristal hizo su aparición en tiempos posteriores, siendo Italia la nación en donde primero se fabricaron vasos y copas con ese producto que se deja atravesar sin que sufre rotura de ninguna clase.

Ya vemos, pues, cómo han variado en el correr de los pueblos las vasijas donde el licor se guarda, sin que por ello hayan variado los efectos del contenido, el cual sigue haciendo cada vez más estragos entre sus admiradores.

PARDILLO.

Fábulas morales

EL LOBO Y EL CABRITO

Pues señor, iba un día un cabrito tan campante por su camino, cuando vió que un lobo de mal aspecto y de peores intenciones le seguía. Al momento empezó a correr, pero el otro pícaro, como era más fuerte, pronto estuvo cerca de él. Entonces el cabrito le dijo:

—Ya sé, señor lobo, que voy a morir, mas, por lo mismo, concédame usted un favor. Con la cornamusa que lleva usted al cuello toque un aire alegre, que yo bailaré.

Hízolo así el lobo, y el buen cabrito empezó a bailar y más bailar, como si fuese un bailarín de esos que aspiran a ganar el campeonato de la tontería.

Al ruido vinieron perros de la majada próxima que hicieron huir al lobo con más ira que si la pieza que tocaba no les hubiera gustado.

Al huir se decía el lobo: ¡Bien empleado me está! ¿Quién me mandaba a mí tocar, cuando lo que debí hacer era comer? Este es el resultado de mi poco juicio al fiarme de que tenía segura mi presa.

Aquel que se ocupa de cosas que no son de su competencia, sólo puede atraer males sobre sí.

LA ALONDRA Y SUS PEQUEÑUELOS

Una alondra tenía su nido en un campo de cereales porque así tenía el alimento al alcance del pico, y teniendo necesidad de ausentarse encargó a los pajarillos que tuviesen cuidado con lo que decía el labrador y se lo refiriesen a su vuelta.

Hiciéronlo así los pequeños, y a la vuelta de mamá alondra le dijeron que el labrador pensaba llamar al vecino para que le ayudara a empezar la recolección. «Bien—repuso la alondra—, por ahora no hay peligro y podemos continuar aquí.»

A los pocos días, repitió la alondra el encargo y los pequeños le explicaron que el labrador había dicho que en vista de que el vecino no se determinaba a ayudarle, al día siguiente vendría él mismo a realizar la siega.

«Entonces—contestó la alondra—vámonos ahora mismo, pues si ha dicho eso corremos peligro. Mientras confiase que el vecino le ayudaría, podíamos vivir tranquilos, pero ahora no.»

Niños, ¿tenéis necesidad de hacer una cosa vuestra? Procurad hacerla vosotros mismos.

LOS ASNOS CARGADOS

Iban una vez dos asnos por un camino y conversaban los dos amenamente acerca de la cebada y de lo frecuentemente que la vida les *cargaba.*

En efecto, ambos iban cargados de diferente modo. pues el uno llevaba sal a cuestas y el otro esponjas.

Llegados a la orilla de un río que tenían que atravesar a nado, el asno que llevaba la sal avanzó el primero dentro del agua; al momento tropezó en una piedrra y cayó. Más como la mercancía se disolvió en el agua, pronto se levantó y salió a la otra orilla.

El que llevaba las esponjas, al ver la buena fortuna de su compañero, pensó imitarle. Entró en el agua y tropezó, más las esponjas, en lugar de disolverse como la sal, se empaparon de agua, se hicieron pesadísimas y dieron con él para siempre en el agua.

Niños, muchas veces que veáis cómo otros consiguen realizar alguna cosa, no penséis en que vosotros la podéis realizar del mismo modo; contemplaros antes y contemplad la carga antes de determinaros a obrar.

No siempre la medicina que sirve para uno sirve también para los demás.

Yo.

CUENTO

La reina de las flores

Después de volver del colegio, la traviesa y curiosa Anita se entrenía jugando, al mismo tiempo que hojeaba un precioso álbum que contenía litografías de las más raras y hermosas flores que existen, cuando dirigiéndose a su mamaíta que a pocos pasos de ella cosía, le preguntó:

—Madrecita mía, ¿cuál crees tú que es la reina de las flores?

La madre, que sabía entretener a su hija, al mismo tiempo que darle un consejo, le contestó:

—Te contaré una leyenda que existe de las flores, en la cual la soberana es la Rosa, y por la cual podrás ver que en todas las ocasiones el que trabaja obtiene siempre su recompensa.

»Era una noche deliciosa, el cielo e taba cuajado de estrellas, y la princesa Perla, que se aburría atrozmente en su palacio de marfil, salió al jardín. Sentóse en un banco, a pensar en cuál sería el príncipe encantador que la llevaría a tierras lejanas y la haría su esposa, y al sonar la última campanada de las doce, una luz vivísima salió del cielo y se condensó en la tierra. Este maravilloso y encantador rayo de luz tomó la figura de una hermosísima mujer, coronada de flores, que llevaba en la mano una varita de oro, de la cual se escapaban brillantes reflejos.

»Un hermoso clavel doble, que levantaba su espléndida corola con una gallardía digna de su nobleza, fué el primero en ser tocado por la mágica varita. Al punto se convirtió en un apuesto mancebo, de extraordinaria belleza y lujosamente ataviado; llevaba un traje color granate obscuro y pendiendo de su espalda una mandolina. Saludó graciosamente al hada y púsose a tocar dulcemente su instrumento.

»Al sonido dulce de sus notas, los jacintos y jazmines se convirtieron en gallardos pajecitos de rubia cabellera, las azucenas en pálidas damas de singular belleza y la humilde violeta trataba en vano de ocultar su hechicero rostro de aterciopelado cutis y sus ojos de dulce mirar, entre un grupo, de amapolas que se paseaban luciendo su traje de color rojo de sangre. Las siemprevivas, llorosas, contaban sus cuitas a hermosos pensamientos y los nardos y crisantemos, lujosamente vestidos, oficiaban de jurado.

»De pronto se produjo un murmullo de admiración: era que llegaba la Rosa la reina de las flores. Era esta una joven de una belleza sin igual. Su cara tenía la frescura de la flor y sus delicados, colores, sus cabellos de color de las espigas eran abundantísimos y realzaban su belleza; su traje rosado, de larga cola, era de finísima seda, que crujía al andar la soberana. Sentóse en un olivo, que se había convertido en trono, y habló así:

»—Queridos y hermosos vasallos: la buena hada Primavera ha reanimado nuestros corazones; os he reunido, por mediación de nuestra protectora hada, porque quiero resolver el modo de defendernos de las mariposas, avispas y abejas, que nos martirizan y aceleran nuestra muerte. Haced que se presente la mariposa para que nos explique por qué nos roba nuestro néctar.

»Presentóse la mariposita que, confundida y ruborosa, dijo:

»—Señora yo creo que poco daño os causo, pues tomo nada más que mi preciso alimento y no abuso de vuestra bondad; en cambio, os arrullo con el batir de mis alas y presto alegría y risas infantiles a vuestro jardín, porque los niños corren y ríen persiguiéndome y muchas veces caigo prisionera en este juego, o pierdo la vida en él.

»—Está bien, puedes retirarte. Que pase la avispa—dijo la reina.

»La avispa presentóse de frac negro y habló así, con orgullo y altanería:

»—A mí creo no me podréis condenar, puesto que si os robo el néctar de vuestras flores es para trabajar igual que la abeja, sino que, como no sé construir panales como ella, me lo como y no guardo nada. Mi defecto consiste en ser poco habilidosa y un poco glotona.

»La reina preguntó a las gardenias si querían ser abogados de la avispa, pero como ni gardenias ni alelíes quisieron defender una causa tan mala, llamó a dos hermosos girasoles y se llevaron a aquélla prisionera.

»Discutían las flores la condena que debían dar a la pobre avispa, cuando presentóse la abeja. Acercose sin inmutarse al trono y dijo:

»—Jamás, queridas y hermosísimas flores, podréis amonestarme porque trabaje para la humanidad. El néctar que quito a vuestras flores me sirve para que a fuerza de trabajos y sinsabores pueda construir un manjar exquisito, que regocija y embalsama el aliento del hombre. Después de muertas por el estío y de perder vuestras hojas verdes por el otoño, aún vivís en nosotras, que hacemos duradero vuestro recuerdo. Todo el almíbar dulce de vuestras corolas lo encerramos en nuestras colmenas, y vemos coronados nuestros esfuerzos por el éxito, porque la miel que construimos es una de las golosinas preciadas del género humano.

»Al oír esto, la soberana llamó a las campanillas, dondiegos y lirios y escuchó el parecer de ellos, y después de meditarlo mucho dió al fin su sentencia.

»—Declaro en completa libertad a la linda e inocente mariposa, pues tiene razón al asegurar que presta alegría y hermosura a nuestro jardín, y luego, ¡es tan poco lo que necesita para su alimentación!... A la abeja, le doy permiso y amplios poderes para que pueda apoderarse de cuanta cantidad de néctar crea necesaria para su trabajo y aplaudo su laboriosidad y su deseo de ser útil al hombre, pero, en cambio, a la avispa la condenó a su completa expulsión del jardín y a que los tulipanes y acacias la azoten cuanto quieran, después de despojarla de sus vestidos. No quiero que en mi reino haya glotonas y holgazanas.

»Nublóse la claridad resplandeciente del jardín, y cual una nube de humo la Princesita Perla vió esfumarse en el espacio la mágica visión del hada, Todas las flores volvieron a su primitivo ser y únicamente entre sus dedos puedó una lindísima rosa... ¡Tal sería la reina de las flores! ..

»Volvióse la princesa a su palacio de marfil a esperar a su lindo prometido y el jardín quedó silencioso, arrullado únicamente por la brisa del viento y por el murmullo de las abejas, que estaban ocupadas en su trabajo.

* * *

Ya ves querida Anita, hija mía, cómo todo el que trabaja obtiene su recompensa hasta en reinos tan hermosos como el de las flores, y desde hoy ya sabes, querida niña, cuál es la reina de las flores.

ELVIRA REYNA.

(De «*Las Noticias*)».

LECCIONES DE COSAS

FLORES CAMPESTRES

Al lado de las flores que lucen sus colores y embriagan con sus olores por entre los jardines, macetas y estufas, a la vez que a esas privilegiadas bellezas que constantemente contemplamos, hizo Dios otras flores más modestas, más recatadas.

Estas flores son las campestres que esmaltan los valles, que bajan al llano y ascienden en constante peregrinación a la montaña. Estas florecillas ponen su belleza por doquiera sin esperar que con ellas se formen ramos de precios altos.

Son muy bonitas algunas florecillas de estas y su belleza pasa casi siempre desapercebida, pues como ellas se prodigan tanto no alcanzan la estimación que merecen. Qué así sucede siempre en la vida.

Entre ellas hay una enorme variedad en tamaño y color; junto a los nazarenos que ponen la austeridad de su color y la gravedad de su forma al apuntar la primavera, nos encontramos la roja amapola que salpica de heridas los sembrados.

Junto a la bolsa del pastor, cuyos tallos se adornan de hojas, pero no agrupadas, sino una a una, se encuentran la boca del león, de flores apiñadas que forman el más vistoso ramillete.

La violeta tricolor es una flor preciosa, se encuentra frecuentemente, tiene la forma de un pequeño pensamiento. Los colores con que se presenta son blanco, amarillo y violeta. Existe otra variedad más pálida.

La margarita es muy vistosa y es de las flores más pródigas que en el campo crecen. Amarilla, con las hojas blancas como pequeños copos que quisieran desprenderse: lo mismo en esta variedad que en la llamada «hoja de buey», merece nuestra estimación.

Saldo de chistes malos

—¿En que se parecen las mercerías a las máquinas de escribir?

—En que tienen cinta.

—¿Y los rateros a los perros?

—En que son *ladrones.*

—

¿En qué se parece una camisa a una carnicería?

—En que tiene cuchilos.

—

—¿Cuántos años tiene tu hermano?

—Dicen que nació cuatro años antes que yo, así es que no puedo saberlo.

—

—¿Cuál es el cólmo de un torero?

—Torear de noche sin miedo a los cuernos de la luna.

—

—¿En qué se parece una pistola a Bagur?

En que son defensas.

—

—¿En qué se parece el mar a una taberna?

—En que se cogen merluzas.

—

—¿En qué se parece una mina de plata a un tranvía?

—En que la mina forma plata y el tranvía plata-forma.

—

—Mira, Angelito, vale más dar que recibir.

—Sí, mamá, ya lo creo: y sobre todo cuando se trata de bofetadas.

—

—¿Cuál es el colmo de un dentista?

—Sacar la muela de un molino.

—

—¿En qué se parece un farmacéutico a un barbero?

—En que el farmacéutico vende la Carabaña y el barbero la cara-baña.

—

—¿Cuál es el animal que cria gritos?

El congrio que cría con gritos.

—

En un examen:

El profesor.—Cíteme usted un cuerpo opaco.

El alumno.—Una puerta.

El profesor.—Otro cuerpo transparente.

El alumno.— La misma puerta abierta.

Imp. de M. Siates Rotger. — Mahón

Ministerio de Cultura 2011